

# AMAUTA



**DIRECTOR:**  
**JOSE CARLOS MARIATEGUI**

## **SUMARIO:**

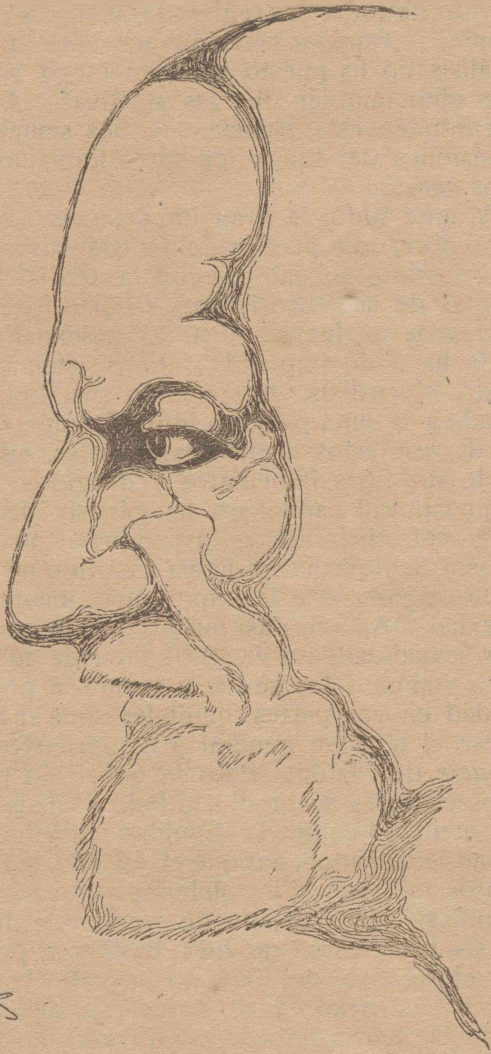
EDITORIAL.—TEMPESTAD EN LOS ANDES, por Luis E. Valcarcel.—CANCION DE NOCHE, por José M. Eguren.—LA CULTURA FRENTE A LA UNIVERSIDAD, por Carlos Sánchez Viamonte.—EL PERSONAJE Y EL CONFLICTO DRAMATICO EN EL TEATRO, LA NOVELA Y EL CUENTO, por Antenor Orrego.—VIGILIA No. 2, por Armando Bazán.—RESISTENCIAS AL PSICO-ANALISIS, por Sigmund Freud.—UBICACION DE LENIN, por Alberto Hidalgo.—GREGORIO MARAÑON, por Carlos E. Roe.—CARTA A LOS MAESTROS DEL PERU, por Guillermo Mercado.—SPILCA, EL MONJE, por Panait Istrati, traducción de J. Eugenio Garro.—EL INDIO ANTONIO Y CRISTALES DEL ANDE, por Alejandro Peralta.—LA CANCION VIGOROSA, por Alcides Spelucin.—LO QUE HA SIGNIFICADO LA ASOCIACION PRO-INDIGENA, por Dora Mayer de Zulen.—EL ARTE Y LA SOCIEDAD BURGUESA, por George Gros.—LA DICTADURA ESPANOLA. MARAÑON, ASUA Y LA MONARQUIA, por César Falcón.—LA IGLESIA CONTRA EL ESTADO EN MEXICO, por Ramiro Pérez Reinoso.—NOCHE DE LA SELVA, por Fabio Camacho.—LAS EXPOSICIONES.—MERCADO DE ARTES Y LETRAS.

DIBUJOS de Sabogal, Pettoruti, Carmen Saco, Grosz, Essquerriloff, Raygada. LIBROS Y REVISTAS.—INTERVIEWS de "Libros y Revistas".—CON MANUEL BEINGOLEA, por Armando Bazán.—CIRCULOS VIOLETA, por Magda Portal.—EL LIBRO DE LA NAVE DORADA, palabras prologales por Antenor Orrego.—CRONICA DE LIBROS, notas críticas por José Carlos Mariátegui, Alberto Guillén, Ramiro Pérez Reynoso, Armando Bazán y Luciano Castillo.—TOPICOS DE LA NUEVA UNIVERSIDAD.—CRONICA DE REVISTAS.



# RESISTENCIAS AL PSICOANÁLISIS

POR SIGMUND FREUD



El profesor Freud, por Raygada

El niño, en los brazos de su niñera, que se vuelve gritando a la vista de una cara desconocida; el creyente que inaugura con una plegaria cada jornada nueva y saluda con una bendición las primicias del año; el campesino que rehusa comprar una cosa que no usaban sus padres; son otras tantas situaciones cuya variedad salta a los ojos y a las cuales parece legítimo asociar móviles diferentes. Sería sin embargo injusto desconocer su carácter común. En estos tres casos, se trata del mismo malestar: el niño lo expresa de una manera elemental, el creyente lo apacigua ingeniosamente, el campesino lo convierte en el motivo de su decisión. Pero el origen de este malestar, es el esfuerzo psíquico que lo nuevo exige siempre de la vida mental y la incertidumbre, extremada hasta la espera ansiosa, que lo acompaña. Se podría hacer un hermoso estudio sobre la reacción del alma ante la novedad en sí, pues, en ciertas condiciones que no son ya elementales, se constata la reacción inversa y una sed de lo nuevo por el amor de lo nuevo.

En el dominio de las ciencias, no debería haber lugar para el temor a lo nuevo. Eternamente incompleta e insuficiente, la ciencia está destinada a buscar su salud en descubrimientos e interpretaciones nuevas. Hace bien al evitar el error grosero, al armarse de duda, al no admitir lo nuevo sino después de un exámen serio. Pero en ocasiones este escepticismo manifiesta dos tendencias inesperadas. Se alza ásperamente contra las innovaciones considerando con respeto lo que está ya reconocido y aprobado y se

contenta de condenar aún sin exámen previo. Es entonces que se presenta como una simple prolongación de esta reacción primitiva contra la novedad, como una concha de protección. La historia de las ciencias nos muestra bastantes innovaciones de gran valor que provocaron una resistencia intensa y obstinada cuya absurdidad han demostrado luego los acontecimientos. De una manera general esta resistencia ha mirado a ciertos aspectos concretos de la innovación en causa; y de otra parte es el efecto total de estos aspectos que ha conseguido reducir la reacción primitiva.

El Psicoanálisis, q' yo comencé a desarrollar hace cerca de treinta años, partiendo de los descubrimientos de José Breuer sobre el origen de los síntomas nerviosos, ha sido singularmente mal acogido. Su novedad es incontestable, aunque haya elaborado una cantidad de materiales conocidos, resultados de la enseñanza del gran alienista Charcot y de los trabajos relativos a los fenómenos hipnóticos. En su origen, su alcance era meramente terapéutico; el Psicoanálisis pretendía crear un tratamiento nuevo y eficaz de las enfermedades nerviosas. Pero relaciones que no habían sido percibidas al principio le permitieron traspasar en mucho su objeto inicial. Pudo en fin pretender dar bases nuevas a nuestra concepción de la vida mental y, en consecuencia, ser de una aplicación legítima en todo el dominio de la ciencia psicológica.

Después de diez años de silencio, adquirió de golpe un interés general y desencadenó una tempestad de refutaciones indignadas.

Preferimos no decir aquí nada de las formas que ha tomado esta resistencia al Psicoanálisis. Que baste el observar cómo, aunque la lucha contra esta novedad esté lejos de haber terminado, se puede ya prever su éxito. Los adversarios del Psicoanálisis no han logrado asfixiarlo. El Psicoanálisis, del cual yo era hace veinte años el único practicante, ha encontrado desde entonces numerosos partidarios, importantes, celosos y activos, médicos y no médicos que lo aplican en la terapéutica de las enfermedades nerviosas, lo cultivan como método de investigación psicológica y lo utilizan, como auxiliar, para sus trabajos científicos en los dominios más diversos de la vida espiritual. No consideraremos aquí sino los motivos de resistencia al Psicoanálisis, sus relaciones internas, los diferentes elementos de que se compone y su valor respectivo.

La observación clínica debe aproximar las neurosis de las intoxicaciones y las de afecciones tales como la enfermedad de Basedow. Son estos estados que dependen del exceso o del defecto de ciertas sustancias muy activas, segregadas por el cuerpo mismo o tomadas del exterior; vale decir en definitiva, de trastornos químicos, de tóxicos. Aislar y poner en evidencia la o las sustancias hipotéticas, características de las neurosis, sería un descubrimiento que no correría el riesgo de suscitar la oposición de los médicos. Pero nada indica que estemos en camino. Por el momento, no tenemos más dato que la forma sistemática de la neurosis que, en el caso de la histeria, por ejemplo, está constituida por trastornos fisiológicos y psíquicos. Las experiencias de Charcot, como las observaciones clínicas de Breuer, muestran que aún los síntomas fisiológicos de la histeria son "psicógenos"; esto es que son los precipitados de procesos psíquicos cumplidos. Nos encontraríamos, pues, gracias a la hipnosis, en grado de reproducir artificialmente, y hasta cierto punto arbitrariamente, los síntomas somáticos de la histeria.

El Psicoanálisis se apoderó de este nuevo dato y se dedicó a descubrir la naturaleza de estos procesos psíquicos de consecuencias tan sorprendentes. Pero el sentido de estas búsquedas no era del gusto de los médicos de esta generación, habituados a no atribuir importancia sino al or-



den anatómico, físico o químico. Y es porque no estaban preparados a reconocer el orden psíquico que lo acogieron con indiferencia u hostilidad. Dudaban evidentemente de que el hecho psíquico sea susceptible de un tratamiento científico exacto. Reaccionando demasiado violentamente contra una medicina dominada por un tiempo, por lo que se llamaba *Naturphilosophie*, tacharon de nebulosas, fantásticas y místicas, las abstracciones necesarias al funcionamiento de la psicología; rehusaron, además, prestar fé a los fenómenos extraños de los cuales habrían podido partir las investigaciones científicas. Para ellos, los síntomas de las neurosis histéricas no eran sino ficción, los fenómenos hipnóticos, charlatanismo. Los mismos psiquiatras cuya observación se enriquecía sin embargo de los fenómenos psíquicos más extraordinarios y más sorprendentes, no se sintieron inclinados a analizarlos en detalle y a examinar sus relaciones. Se contentaron con clasificar la diversidad caleidoscópica de los fenómenos patológicos, esforzándose siempre por reportarlos a causas de orden somático, anatómico o químico. En el curso de este período de materialismo, o mejor de mecanicismo, la medicina ha cumplido progresos fabulosos, pero no ha dejado de testimoniar su estrechez desconociendo el más importante y el más difícil de los problemas de la vida.

Se comprende bien que esta concepción de la vida mental haya impedido a los médicos interesarse por el Psicoanálisis, aprovechar de la adquisición de sus nuevos conocimientos y contemplar las cosas bajo un nuevo aspecto. Pero se podía creer que esta nueva doctrina se ganaría en cambio la aprobación de los filósofos. ¿No estaban los filósofos hechos a colocar conceptos abstractos—los mal intencionados dirían: palabras mal definidas—en el primer plano de su concepción del mundo? No podían pues ofuscarse sobre este esfuerzo del Psicoanálisis que miraba a extender el dominio de la psicología. Pero aquí se elevó un obstáculo de otro orden. Por vida mental no entendían los filósofos lo que entiende el Psicoanálisis. La gran mayoría de los filósofos no califican como *mental* mas que lo que es fenómeno consciente. El mundo de lo consciente coincide, para ellos, con el dominio de lo mental. Relegan todo lo que hay de oscuro en el alma al rango de las condiciones orgánicas y de los procesos paralelos al plan psíquico. En otros términos, y más rigurosamente, el alma no tiene más contenido que lo consciente. La ciencia del alma no tiene, pues, otro objeto. El profano no piensa diversamente.

Así, qué puede responder el filósofo a una ciencia que, como el Psicoanálisis, sostiene que lo mental en sí es *inconsciente* y que la consciencia no es sino una cualidad que puede venir a añadirse a actos psíquicos aislados. Responde naturalmente que un fenómeno mental inconsciente no tiene sentido, que es una contradicción in adjecto, y se olvida de notar que este juicio no hace sino repetir su definición, talvez demasiada estrecha, de un estado mental. Esta seguridad fácil, la debe el filósofo a su ignorancia de la materia cuyo estudio ha conducido al analista a postular la existencia de actos psíquicos inconscientes. El filósofo no ha considerado la hipnosis, no se ha esforzado por interpretar el sueño—más aún, halla como el médico, que el sueño es un producto, desnudo de sentido, de la actividad psíquica, amortiguada durante el reposo—; sospecha apenas que existen cosas como las ideas fijas y quiméricas y se sentiría muy embarazado si se esperara de él que las explicase según sus hipótesis psicológicas. También el analista rehúsa definir lo inconsciente, pero puede poner en evidencia el grupo de fenómenos cuya observación lo ha hecho postular su existencia. El filósofo, para quien no existe más método de observación que la introspección, no sabría seguirlo hasta ahí. De donde resulta la falsa posición del Psicoanálisis, a medio camino entre la medicina y la filosofía. El médico lo tiene por un sistema especulativo y se niega a creer que repose, como todas las experiencias naturales sobre la elaboración paciente y asidua de los datos de la observación sensible; el filósofo, que lo aprecia según la norma de los sistemas ingeniosos que se ha cons-

uido él mismo, le reprocha el partir de postulados imposibles; y a sus primeras concepciones—que comienzan apenas a desarrollarse—de carecer de claridad y de precisión.

Todo esto es suficiente para explicar que en los círculos científicos se acoja el Psicoanálisis con mala voluntad o con vacilaciones. Pero esto no nos hace comprender los estallidos de indignación, de burla y de desprecio, el olvido de todas las reglas de la lógica y del gusto en la polémica. Tamaña reacción nos hace suponer que el Psicoanálisis no ha puesto sólo en juego resistencias intelectuales sino también fuerzas afectivas. A decir verdad, el contenido de esta ciencia, justifica semejante efecto sobre las pasiones de todos los seres humanos y no solamente de los sabios.

Y ante todo, la gran importancia, en la vida mental del hombre, que atribuye el Psicoanálisis a ese que se llama el instinto sexual. Según la teoría psicoanalítica, los síntomas de la neurosis son satisfacciones compensadoras deformadas de fuerzas instintivas sexuales cuya liberación directa ha sido impedida por resistencias interiores. Y cuando el análisis, traspasando sus límites iniciales, fué aplicado a la vida psíquica normal, emprendió la demostración de que estos elementos sexuales, cuando son desviados de sus fines inmediatos y dirigidos hacia otros objetos, juegan rol capital en la génesis de la acción individual y colectiva. Estas aserciones, no eran totalmente nuevas. Schopenhauer había insistido en términos de inolvidable vigor sobre la importancia incomparable de la vida sexual. Aparecía así mismo que lo que el psicoanálisis llama sexualidad, no es absolutamente idéntico al impulso que aproxima a los sexos y tiende a producir la voluptuosidad en las partes genitales sino más bien a lo que expresa el término general y comprensivo de Eros, en el *Banquete* de Platón. Pero la oposición olvidó estos ilustres precursores y agredió al Psicoanálisis como si este hubiese atentado contra la dignidad humana. Se le reprochó su "pansexualismo", aunque el estudio psicoanalítico de los instintos hubiese sido siempre rigurosamente dualista y no hubiese jamás dejado de reconocer, al lado de los apetitos sexuales, otros móviles bastantes potentes para producir el rechazo del instinto sexual. Este dualismo del "instinto del sexo" y del "instinto del yo" se convirtió, cuando la teoría hubo evolucionado, en el dualismo del Eros y del "instinto de muerte" o de destrucción. En esta interpretación parcial del arte, de la religión y del orden social en función de las actividades del instinto sexual no se quiso ver más que una voluntad de rebajar las más altas adquisiciones de la civilización y se proclamó enfáticamente que el hombre no tiene sino móviles puramente sexuales. Con lo que se incurría en la precipitación de desconocer que lo mismo ocurre con los animales (que no están sometidos a la sexualidad sino por accesos, en ciertas épocas, y no en forma permanente como el hombre), que no se había pensado jamás en controvertir la existencia de los otros móviles humanos y que, si estos provienen de impulsos animales elementales, la prueba de este origen no cambia en nada el valor de las adquisiciones humanas.

Semejante espíritu de ilogismo y de injusticia demanda una explicación. Su origen no es dudoso. Las dos bases de la cultura humana son el dominio de las fuerzas naturales y la represión de nuestros instintos. El trono de la soberana, es soportado por esclavos encadenados; entre estos elementos instintivos domesticados, los impulsos sexuales en un sentido estrecho, dominan por fuerza y por violencia. Que se les quite sus cadenas y el trono es derribado, la soberana pisoteada. La sociedad lo sabe, y no quiere que se le hable de esto.

Pero, ¿porqué este silencio? ¿En que podría dañar la discusión? El Psicoanálisis no ha hablado jamás de desencadenar a aquellos de nuestros instintos que serían nefastos a la comunidad; por el contrario ha dado el alarma y ha ofrecido sus consejos. Pero la sociedad no quiere oír hablar del descubrimiento de estas relaciones, porque bajo muchos respectos, no tiene la conciencia tranquila.

Ha comenzado por crearse un ideal de alta moralidad,



siendo la moralidad la represión de los instintos y ha exigido de todos sus miembros que realicen este ideal, sin preocuparse de lo que esta obediencia puede costar a los individuos. Pero la sociedad no es ni bastante rica ni bastante bien organizada para poderles ofrecer una compensación proporcionada a su renuncia. El individuo se ve pues empujado a encontrar un medio de procurarse una compensación suficiente y que le permita conservar su equilibrio psíquico. Más en general se ve constreñido a vivir psicológicamente más allá de sus medios, en tanto que sus necesidades instintivas, no satisfechas, sufren la presión constante las exigencias de la civilización. Es así como la civilización mantiene un estado de hipocresía que se acompaña forzosamente de un sentimiento de incertidumbre y de la necesidad de proteger su innegable inestabilidad con la interdicción de toda crítica y de todo debate. Y esto es verdadero en todos los movimientos instintivos igualmente que respectos de los instintos egoístas. En lo que concierne a saber si así sucede también y en qué medida en todas las civilizaciones posibles, y hasta en aquellas que no se han desarrollado todavía, no podemos ocuparnos aquí. En cuanto a los impulsos sexuales propiamente dichos, en la mayor parte de los hombres son incompletamente y, psicológicamente hablando, incorrectamente reprimidos, de manera que están siempre prontos a desencadenarse los primeros.

El Psicoanálisis revela las debilidades del sistema y recomienda su abandono. Sostiene que hay que quitar su rigor a la represión del instinto y dar, para esto, mas sitio a la veracidad. Ciertos impulsos instintivos que la sociedad ha reprimido violentamente deben obtener una mas grande satisfacción; para otros, la represión por rechazo, método azaroso, debe ser reemplazada por un procedimiento mejor y mas premioso. Por haber formulado estas criticas, el Psicoanálisis, "enemigo de la civilización", ha sido proscrito como peligro público. Pero esta resistencia no puede durar; a la larga ninguna institución humana puede sustraerse a la influencia de un examen crítico justificado; pero hasta el presente la actitud de los sabios respecto del Psicoanálisis está todavía dominada por un temor que desencadena las pasiones y suprime toda posibilidad de argumentación lógica.

Por su doctrina del instinto, el Psicoanálisis ha chocado al individuo como miembro de la comunidad social. Otro aspecto de esta teoría ha podido herirle. El Psicoanálisis ha enterrado la ficción de la infancia asexual. Ha probado que los móviles y las manifestaciones sexuales existen en los niños desde el comienzo de la vida; ha mostrado los cambios que experimentan, cómo son detenidas hacia el quinto año y cómo, a partir de la pubertad, entran al servicio de las funciones de reproducción. Ha reconocido que el apogeo de la vida sexual infantil elemental, es lo que ha llamado el Complejo de Edipo, relación afectiva con el progenitor del sexo opuesto y rivalidad contra el otro; tendencia que, en este momento de la existencia se expresa directamente y sin trabas por un deseo sexual. Esto es tan fácil de establecer que ha habido necesidad de un gran esfuerzo para no reconocerlo. En el hecho, todo individuo ha conocido esta fase pero la ha rechazado activamente. El horror del incesto, y un sentimiento potente del pecado sobreviven en este período primario. Tal vez ha sido lo mismo en el pasado de la especie humana y los comienzos de la moralidad, de la religión y del orden social están intimamente ligados a la derrota de esta fase primitiva. No habría habido que recordar al adulto estos antecedentes que le parecen vergonzosos. Se ha puesto a patear de rabia, si puede decirlo, cuando el analisis ha querido levantar el velo de anuncio de sus años de infancia. No quedaba mas que una escapatoria: las pretensiones del Psicoanálisis debía ser injustificadas y lo que se presentaba como una ciencia nueva, un tejido de fantasmagorías y de falsas interpretaciones. Las fuertes resistencias al Psicoanálisis no eran pues de naturaleza intelectual sino de origen afectivo. Esto explica su carácter apasionado y la insuficiencia de su lógica. El caso se presenta así: en colectividad, el hombre se comporta, respecto del Psicoanálisis, exactamente como el neurótico en tratamiento, al cual, en virtud de un traba-

jo paciente, se ha podido demostrar que todo ha pasado como se preveía. Pero esta precisión es el resultado de investigaciones emprendidas en otros neuróticos en el curso de algunas décadas de labor. Este estado de cosas, a la vez asusta y conforta. Es una pesada tarea tener por paciente al género humano entero. Pero en fin de cuentas, todo se ha desenvuelto según las previsiones del Psicoanálisis.

Recapitulando nuestra lista de resistencias al Psicoanálisis, se debe confesar que son bien pocas las que corresponden a las que encuentran de ordinario la mayor parte de las innovaciones científicas de alguna importancia; dependen en la mayor parte, del contenido de la doctrina, que choca sentimientos humanos potentes. Lo mismo sucedió a la teoría darwiniana de la descendencia que abatió el muro de orgullo que separa al hombre del animal. Yo he esbozado ya esta analogía en un breve estudio intitulado: "Una dificultad del Psicoanálisis". En él indicaba que la interpretación psicoanalítica de las relaciones del yo consciente con el inconsciente todo poderoso, constituían para el amor propio humano una seria humillación. Esta humillación que yo calificaba de psicológica viene a agregarse a la humillación biológica, si así me atrevo a llamarla, infligida por la teoría de la descendencia, y a la humillación cosmológica debida al descubrimiento de Copérnico.

Dificultades puramente exteriores han contribuido igualmente a reforzar la resistencia al Psicoanálisis. No es fácil hacerse una opinión independiente en materia de análisis, cuando no se ha hecho la prueba en sí mismo y en otros. Esto exige una técnica especial y muy sutil que no se estaba en grado de adquirir prácticamente hasta hoy. La fundación del Instituto Policlínico de Ciencias Psicoanalíticas de Berlín ha venido a mejorar estas condiciones.

Para terminar puedo, con todas las reservas, plantear la cuestión de saber si mi calidad de judío, que yo no he pensado nunca en esconder, no ha tenido una parte en la antipatía general contra el Psicoanálisis. Semejante argumento no ha sido formulado sino rara vez de un modo expreso.

Desgraciadamente nos hemos vuelto tan sospechosos que no podemos dejar de dudar que este hecho no haya tenido influencia alguna. No es talvez por un simple azar que el promotor del Psicoanálisis es un judío. Para sustentar el Psicoanálisis, era necesario estar ampliamente preparado a aceptar el aislamiento al cual condena la oposición, destino que, más que a ningún otro, es familiar al judío.

SIGMUND FREUD.

(Traducido especialmente para AMAUTA)

